

REVISTA CHILE DE
HISTORIA Y GEOGRAFÍA

“Discursos”

Discurso de Don Francisco Calderón

**“Uso exclusivo Vitanet,
Biblioteca Virtual Año 2004”**

Discursos

Pronunciados en el Cementerio General de Santiago al ser sepultados los reatos de los hermanos Carreras, el 14 de Junio de 1828.

Discurso del general don Francisco Calderón

Señores:

Los preciosos despojos que vamos a confiar a la tierra sagrada de la patria, circundados en el templo por nuestras oraciones, acompañados a este su último asilo por nuestro dolor, y regados con el llanto de nuestra admiración y gratitud, no necesitan de los socorros de la elocuencia para vivir en la inmortalidad. En tanto que los hombres reverencien la sólida gloria, el desprendimiento y el patriotismo, brillarán inextinguibles en aquella esfera luminosa los nombres de los tres hermanos Carreras; en tanto que sobreviven a los estragos del tiempo el valor indomable, el noble desinterés, el amor de la libertad, los que ostentaron en toda su plenitud estas prendas inestimables conservarán eternos derechos a la más honrosa reputación. No creáis, señores, que al derramar unas flores

modestas sobre su sepulcro, sea mi intención añadir nuevos lauros a los que cubran para siempre estas frías cenizas—nó. Voy tan sólo en nombre de la patria a pagar un último tributo a los que murieron por su defensa y honor, voy a recordar hazañas que se conservarán en nuestra historia como perpetuos modelos de aquellas virtudes necesarias en la República, útiles a la humanidad, y acreedoras a su entusiasmo y a su veneración. No basta que la nación, representada por sus órganos legítimos, haya satisfecho una deuda sagrada, decretando el triunfo fúnebre de estos sus tres heroicos hijos; ni basta la auténtica expresión de la simpatía nacional, consignada en el suntuoso aparato de que acabamos de ser testigos. La justicia reclama que salgan del olvido los hechos en que se fundan los sentimientos de que estamos penetrados; que su sencilla relación se grabe con rasgos indelebles en nuestra memoria; que se enriquezcan con tan espléndidos joyeles los anales de nuestra independencia, y que con este homenaje tributado a la verdad, se oscurezca, si es posible, el ominoso recuerdo del más cruel e inicuo sacrificio. Cubramos de espesas tinieblas las manos que lo consumaron; pero fijemos nuestras miradas en los que fueron sus víctimas, y merezcamos el agradecimiento de las generaciones que van a seguirnos, presentándoles, en medio de los trastornos que agitaron la cuna de la libertad que les está destinada, los instrumentos gloriosos que más eficazmente contribuyeron a su recuperación y su solidez.

Tal fué el único designio que llenó la vida de estos tres hermanos; tal la única pasión que los animó en su rápida existencia; tal la que en uno de ellos dió origen a sucesos y transiciones extraordinarias, y a prodigios de inteligencia y denuedo, capaces de ilustrar no sólo

la persona que en ellos figura, sino el país que les sirvió de teatro y la causa que triunfó con su auxilio.

Su patria, sometida a un poder sin freno, y confundida en el común avasallamiento colonial no le había ofrecido una esfera correspondiente a la extensión de sus miras, ni a la energía de su corazón. La capital del Perú, adonde pasó, creyendo hallar en el comercio pábulo suficiente a su actividad, no era tampoco escena digna de su alma emprendedora. El torrente de la costumbre, o más bien, aquel vago pero eficaz deseo de ennoblecer el destino, rasgo distintivo de las almas elevadas, lo condujo a la Península, donde muy en breve halló un pueblo empeñado en rechazar la ocupación extranjera, los sentimientos nacionales luchando con la usurpación, y dislocados los, resortes de la antigua servidumbre. Estas eran sombras o débiles anuncios de una combinación más análoga a los principios de puro liberalismo que abrigaba en su seno nuestro compatriota; suficientes, empero, a justificar la resolución que tomó de alistarse bajo las banderas de los oprimidos. En ellas combatió al lado de jefes que supieron distinguir su mérito. Los ataques de Madrid en Diciembre de 1808, y las acciones de Mora, Consuegra, Puente del Arzobispo, Yevenes, Ocaña y Talavera, ofrecieron a sus ojos una penosa serie de vicisitudes militares, y el mando de un general Alburquerque una escuela de táctica y de valor, digna, de más prósperos resultados. Gozaba don José Miguel de Carrera de un grado distinguido en la milicia, y sus servicios le abrían la puerta de los, ascensos; cuando resonó en sus oídos el grito heroico lanzado por su patria. A este llamamiento no pudo resistir su corazón: preséntase en Cádiz, arrostra la suspicacia del gobierno, sufre sus persecuciones, burla su vigilancia y debe

al influjo de algunos amigos su separación del servicio, y a la generosidad de dos extranjeros la ocasión de entregarse al ímpetu de su celo y a la realización de sus planes.

¿Cuál era entonces, señores, la suerte de nuestro país? Digamos la pintura que hace de ella el mismo José Miguel. «Orden, combinación, experiencia, energía, todo faltaba para establecer la Independencia, menos el deseo de ser libres. Las formas republicanas unidas al poder absoluto; dividida la opinión por la divergencia de los partidos; la ambición disfrazada con el ropaje del bien público; la autoridad sin reglas para mandar; el pueblo sin leyes para obedecer, cual nave sin gobierno en medio de las olas, fluctuando entre las convulsiones de la anarquía; presentaba Chile en su estado de oscilación el cuadro de la crisis espantosa que precede a la regeneración política de los pueblos, exterminio de envejecidas preocupaciones, al sacudimiento súbito de un yugo antiguo y ominoso».

Chile creyó salir de una situación tan amarga, como peligrosa, confiriendo a José Miguel la magistratura suprema y el mando de la fuerza armada; época fugaz en su duración, pero fecunda en grandes y útiles creaciones. A ella debemos el establecimiento de la primera imprenta en estos países; el aumento considerable y el arreglo metódico de la hacienda pública; las escuelas de primera enseñanza, el instituto nacional, la sociedad filantrópica; la agricultura fomentada; el comercio protegido; el ejército organizado; las milicias provinciales sometidas al orden, la disciplina. Las miradas de Carrera se dirigían a todos los puntos de donde podía sacar ventajas sólidas el depósito que tenía a su cargo. Mientras erigía cuarteles y fábricas de armas, mientras formaba hospitales militares, un

campo volante y trenes de artillería abrió por primera vez relaciones diplomáticas entre Chile y las potencias extranjeras, entablando comunicaciones recíprocas con la primera nación libre del nuevo mundo. Con el mismo vigor rechazaba el puñal homicida que la traición le asestaba, y disponía el territorio para la defensa de la invasión que le parecía Inevitable. Esta rapidez de operaciones inmensas, con respecto a los recursos que se fundaban, este tacto en la elección de medidas acertadas y oportunas, esta preferencia decidida en favor de todo lo que podía adelantar en su patria la obra de la civilización ¿no son, señores, atributos exclusivos del genio, de ese poder creador y misterioso que atraviesa las tinieblas del porvenir, y que apercibe de antemano los medios de fomentarlo y engrandecerlo? Si, como dice un orador de nuestros días, el mayor secreto del arte de gobernar es prever de lejos las necesidades que se han de desarrollar en lo futuro; ¿podremos negar que Carrera estaba iniciado en aquel arte sublime? ¿No se vieron antes de un año realizados sus presentimientos cuando la expedición de Pareja, en las costas del Sur, amenazaba a la nación chilena con los hierros de la dominación antigua sobrecargados con el peso de la venganza?

Entonces se desarrollaron en toda su amplitud las grandes prendas de su alma; *entonces se mostró guerrero consumado el que Mostró lucido como magistrado perfecto*. Los esfuerzos maravillosos con que había conseguido reunir un ejército, no bastaron a disipar el terror que inspiraban los nuevos peligros. El desaliento era general; el hábito de la servidumbre había familiarizado a muchos americanos con aquella ciega abnegación, con aquel apático fatalismo, único bien de los desgraciados, según la expresión de un poeta. Lejos

de empeñar el combate, sólo se procuraba eludirlo por medio de la sumisión. La timidez bajo la máscara de la prudencia lo aconsejaba, la indolencia se cubría con el manto de la antigua fidelidad, y el trastorno inevitable de la transición repentina que la nación había experimentado, suministraba copiosos pretextos al abatimiento y a la traición. Carrera opone su resolución indomable a este cúmulo de contratiempos. La suerte se recomplacía, sin embargo, en aumentarlos. El enemigo sorprende a Concepción y se reúnen bajo sus banderas las tropas veteranas, y las milicias de aquella provincia. Carrera restablece las esperanzas de la capital con su elocuencia, ponerse en marcha con unos pocos valientes, da movimiento a las tropas disponibles, sorprende las avanzadas de los invasores; y antes que éstos ocupasen una posición ventajosa, los aterra ofreciéndose a su vista con tres mil hombres de caballería.

Los sucesos de esta campana merecen un lugar preeminente en nuestra historia, y llenar sus más hermosas páginas, cuando la posteridad busque en ellas los timbres de las generaciones que la hayan precedido. El heroísmo militar que consagran los monumentos de las artes, y cuyo aplauso perpetúa la admiración de los siglos, no tiene a veces más derechos a tan fastuosos homenajes que el prestigio de la victoria; algo más se necesita para contrarrestar simultáneamente la discordia doméstica y la fuerza exterior, los manejos ocultos y la hostilidad abierta, para sostener sin desmayar la alternativa del triunfo y del vencimiento; para arrostrar la preponderancia de un ejército aguerrido con tropas desorganizadas, desprovistas y nuevas. Tal fué la carga enorme que debía sostener el general patriota. A la derrota completa de

6,000 realistas por 300 republicanos, sucede el desorden de éstos, y su retirada forzosa del campo de batalla, No desmaya por esto el ardimiento de su jefe; con dos tercios menos de fuerza que su contrario, se dispone a atacarlo en toda su línea: el invasor penetra aquel designio 'y huye precipitadamente. Los republicanos lo persiguen, lo alcanzan, traban el empeño con obstinación, desprecian el fuego de 20 piezas de artillería; la vanguardia mandada por Luis Carrera señala a sus compañeros el camino de la victoria; el ejército entero lo sigue, atropella a sus contrarios y lo obliga a retroceder desbaratado y confuso.

El vencedor no se deja aletargar por el triunfo, ni intimidar por el estado deplorable a que habla quedado reducida su pequeña hueste, ni seducir por los que aconsejaban, para organizarlo de nuevo, un retroceso a las orillas del Maule. Solo con su heroica vanguardia se dirige a Concepción que le cede sin resistir y a Talcahuano que le abre sus puertas, después de un combate de cuatro horas. Chillán era el único asilo de los' realistas; en poco más de dos meses, habían cedido a fuerzas tan inferiores en número como en disciplina; un vasto territorio, un número considerable de prisioneros, grandes repuestos de armas, de dinero y municiones, una expedición naval y un parque completo de artillería.

La fortuna militar de Carrera empieza a declinar desde aquella acción memorable: no porque declina sen ni sus talentos como jefe, ni su decisión como patriota, ni su brío como soldado. No: ni aun en los infortunios mucho más graves que lo asaltaron en lo sucesivo se enfriaron jamás aquellos generosos impulsos. Golpes inesperados pasiones menos elevadas que las suyas... Señores, no será mi voz la que despierte el

fuego dichosamente adormecido de nuestras discordias domésticas. El sepulcro y el templo no deben ser profanados con la voz del vituperio y de la acusación. Los Carreras consagraron sus vidas a la Patria, y sus cenizas se estremecerán de indignación si el que ha venido a honrarlas, renovase aquel ídolo de sus corazones. José Miguel deja por orden superior el mando, y ansioso de acreditar su insensibilidad a los halagos del poder, importancia por espacio de dos meses con sus instancias al que debía sucederle. Logra en fin entregarle el bastón, no sin haber señalado de nuevo su ardimiento y su pericia en la gloriosa acción del Roble, en que peleó con el furor de la desesperación; para poder salvarse herido, lanzándose a la aguas del caudaloso Itata.

De vuelta a la capital, donde lo llamaba el vivo deseo de acrisolar su reputación e imponer silencio a la calumnia, él y su hermano Luis son víctimas de una sor presa; caen en mano del enemigo; sufren el peso de las cadenas, los insultos de un opresor insensato, y los olores de un fétido calabozo. Su serenidad imperturbable en medio de tantas desventuras, sus nobles contestaciones a las propuestas de arrepentimiento que se les hacían, traen a la memoria los bellos siglos de la Grecia. Desaparecieron los Carreras y con ellos desapareció la aurora de la libertad que empezaba a iluminar nuestro horizonte. El ejército se desanima y casi se disuelve; Talca después de haber sido dos veces testigo de la humillación de nuestras banderas, ve ondear en sus muros la del rey de España; ellas cubren la provincia entera de Concepción.—Para colmo de males, una capitulación que sólo podía aceptar el convencimiento íntimo de una ruina inevitable extingue de raíz los de independencia que empezaban a brotar en nuestro territorio, y borrando hasta los signos exte-

riores con que el pueblo había simbolizado su soberanía, restablece la de un monarca que aniquilaba por sus manos el trono de sus abuelos, y que, por la propensión natural de su carácter, descendía a la clase de súbdito, y abandonaba a los horrores de la guerra civil la más vasta y más rica de las herencias. Los Carreras sólo quedaron excluidos de la libertad concedida a todos los prisioneros, y como si ellos sólo fueran objeto de terror a os tiranos, como si con su exterminio quedaran extinguidas para siempre las esperanzas de los patriotas.

Y, en efecto, ¿cuándo renacieron éstas con todo el vigor de los primeros días de nuestra emancipación? Cuando los dos hermanos Carreras, burlando la vigilancia de sus carceleros, y arrostrando una persecución espantosa que, los colocaba al nivel de los más viles delincuentes, seguros de su inocencia, y prefiriendo la muerte a la esclavitud, se presentan en la capital, y forman sin otras armas que el influjo de sus nombres, un punto de reunión en torno del cual vinieron a congregarse todos los libres. El pueblo, cuya opinión puede extraviarse por un momento, pero cuyos impulsos naturales lo conducen siempre a la razón y a la justicia, se agolpa a la plaza de Santiago y confía de nuevo sus destinos al único que hasta entonces había sabido preservarlos. José Miguel Carrera, jefe de un gobierno elegido por la voluntad espontánea de la nación, olvida sus ofensas personales, da lecciones de virtud y moderación a sus perseguidores, y sólo piensa en reparar los males que había producido su ausencia.

Pero en ella había echado profundas raíces uno de los males más odiosos que pueden acometer a las sociedades humanas, el más fecundo en desorganización y en inmoralidad; el más perverso en los motivos que lo

originan; y el más sangriento en las hostilidades que provoca la guerra civil; ese puñal que destroza los vínculos de las familias; ese incendio que cunde, en todas partes del edificio social; ese destructor universal de los afectos más vehementes, de las relaciones más sagradas, de las mejoras más benéficas. Armas fratricidas que asestaron contra el pecho de los Carreras; tuvieron que rechazarlas, y el único deber grato que les dejaba su cruel alternativa era el de suavizar por medio de la humanidad y del olvido, los terribles golpes que en aquella funesta época recibía la Patria. Así lo hicieron, salvando la vida a sus contrarios, publicando una amnistía sin límites a los extraviados y concediendo un perdón generoso al autor de tantas miserias.

Ellas, sin embargo, habían dejado en la milicia un germen de desorden y abatimiento que no tardó en pronunciarse del modo más lastimoso. En vano había el nuevo jefe aprovechado los primeros momentos de unión y de reposo en reorganizar la división encargada de sostener la causa de la libertad; en vano había levantado nuevas tropas en la capital; guarnecido los puertos; vestido a los combatientes y engrosado con un millón de pesos el tesoro público. A estos portentos de un celo infatigable sucedieron la funesta derrota de Rancagua; la dispersión de las tropas nacionales; los esfuerzos inútiles de los Carreras por salvar las esperanzas de Chile en el norte de su territorio, días amargos para la Patria y para la humanidad; días manchados con los excesos del desorden y con la ignominia del terror; días en que se eclipsaron las espléndidos destellos con que se había anunciado la aurora de ventura. Arrebatados por el torrente general, incapaces de comunicar a los otros el brío que lo animaba, los tres hermanos, unidos en sus infortunios como lo habían sido

en sus hazañas pasan los Andes y se abren una nueva carrera de persecuciones y de injusticias.

Sería difícil indicar los resortes que dieron origen, sin poner a descubierto las pasiones más bajas, los impulsos más mezquinos de cuantos puede abrigar el débil corazón humano. La primera virtud que se manifiesta en los pueblos apenas han roto las tinieblas de la vida salvaje, la hospitalidad, ese sentimiento inspirado por la misma naturaleza y santificado por la religión, que protege al viajero en las arenas del África y al náufrago en las costas más inclementes, niega su bálsamo consolador a nuestros ilustres emigrados. En un país, que no saben mirarlos como extranjeros, puesto que habían defendido la misma causa, son mirados como reos y como enemigos; presos, maltratados, cubiertos de amarguras y calumnias; despojados de su autoridad militar, separados de sus compañeros de armas, y en medio de todas éstas calamidades, entregados al único pensamiento de salvar a su país, de buscarle defensores y aliados, y de precipitar la caída de sus dominadores.

Buenos Aires, lejos de ofrecerles recursos para una empresa que interesaba directamente a todos los pueblos americanos, les presentó los mismos sentimientos hostiles que Mendoza. Si aquí triunfaba el despotismo militar, allí se entronizaba la más feroz e insensata anarquía. La amenaza de su destierro, los horrores de la cárcel la desconfianza, el insulto, el desprecio, tales fueron los obsequios con que recibieron a los patriotas de Chile los tiranos de un país destinado a ser largo tiempo el teatro de la ambición impotente y del espíritu desorganizador. Estaban aún lejanos los días de su reposo, y aun más, aquellos en que el genio de un hombre debía llevarlos a los más altos destinos. Perdidas

las esperanzas de adelantar la causa de la independencia en medio de tantas contrariedades y delirios, los emigrados chilenos dirigen sus miradas a la generosa e ilustrada nación que señaló a los americanos el camino de la emancipación. José Miguel Carrera parte a los Estados Unidos, sin más fondos que su elocuencia, sin más influjo que el que le daban sus prendas eminentes.

Estos recursos bastaron para atraerse la benevolencia y obtener grandes auxilios de los que ya velan en Chile un miembro futuro de la gran asociación americana. A los catorce meses de su salida del Río de la Plata, el activo emisario vuelve a entrar en sus aguas, con una escuadrilla, un cuantioso armamento, oficiales distinguidos, hábiles artesanos, y una vasta provisión de otros objetos no menos útiles a la empresa que meditaba. Ella hubiera alcanzado el éxito más seguro, a no haberse interpuesto de nuevo aquella fatalidad que parecía destinada a galardonar la constancia más inflexible y el celo más acrisolado.

La expedición llega a Buenos Aires, y paralizada al principio por pérfidos artificios y por una inicua convención, queda frustrada de un todo, por un golpe de violencia, despotismo, tan hostil a la causa de la libertad, como opuesto a los primeros dogmas del derecho de gentes. Otra persecución, más injusta si es posible que las anteriores, amenaza la vida de los Carreras. Luis se sustrae al odio de sus enemigos por medio de la fuga. José Miguel y Juan José se ven de nuevo en el asilo del crimen y bajo el yugo de los tiranos. Un momento de arrojo ofrece al primero la ocasión de burlar las tramas que se urdían en su daño, y el que debía dar la libertad a Chile se presenta como prófugo en Montevideo.

Allí lo circundan ofertas seductoras, a que resiste con firmeza republicana, y amargas tribulaciones, que soporta con heroica resignación pero allí también lo alcanzan los tiros de la envidia y de la malevolencia. Ni aun le es dado arrastrar en la tierra extranjera una existencia emponzoñada por toda clase de privaciones, por la imagen de su patria, sometido de nuevo al poder absoluto, y por la idea de restablecimiento, que hubiera debido ser efecto de sus esfuerzos y sacrificios. Proscrito a instancias del gobierno de Buenos Aires, de un país en que su presencia no debía inspirar inquietudes; impulsado por el deseo de encaminarse a Chile con el designio de preservarlo del dominio extranjero, cuyas cadenas se forjaban secretamente por manos que le eran conocidas, expuesto a la ferocidad de un bandido, si buscaba refugio en el territorio inmediato, e imposibilitado de dejar aquellas provincias por el injusto secuestro de sus propiedades, implora en Entreríos, el reposa y la obscuridad que convenían a su situación, y sólo obtiene una hospitalidad peligrosa, que, en lugar de acogerlo bajo la oliva de la paz, pone en sus manos la espada de la guerra civil.

Carrera toma parte en ella, no como un faccioso turbulento, no como un aventurero ambicioso, sino como un enemigo encarnizado de la tiranía anárquica que devoraba a la sazón las provincias argentinas. En breve se unen las banderas de Entreríos, las de Santa Fe, y las de la misma provincia de Buenos Aires; en breve abre esta ciudad sus puertas a los vencedores, entre los cuales aparece José Miguel colmado de los aplausos y las bendiciones del pueblo. Este desbarata los simulacros de poder que los habían humillado; deposita su confianza en manos que le parecen más puras, y estas manos empuñan las armas de la traición en contra del

hombre generoso a quien en gran parte debían su engrandecimiento. El y los pocos chilenos que lo rodeaban, desesperanzados de hallar entre los hombres gratitud, buena fe y generosidad, huyen a los desiertos con el vago deseo y la remota esperanza de acercarse al suelo natal y lanzar el último suspiro en su defensa.

No bastó tan inaudita serie de desastres a calmar las iras de la fortuna, ni bastaron ellos a entibiar el brío de los prófugos chilenos. Vencedores en diferentes encuentros de las tropas mendocinas y cordobesas, divisaban ya, quizás animados de dulces presentimientos, las cumbres de los Andes, cuando pérfidas sugerencias y el oro astutamente derramado por ocultar espías, corrompieron la fidelidad de unos soldados que no eran asistidos con sueldos ni animados por el poderoso estímulo del honor, y cuando el cansancio y la desesperación abrieron la puerta a la trición y a la falacia. Los mismos que hasta entonces habían seguido con ciega confianza los pasos de José Miguel de Carrera, y de sus ilustres compañeros, los entregan vilmente a sus verdugos.

Antes de recordaros, señores, la más horrible de las catástrofes, fijad vuestra atención en las tres víctimas destinadas a saciar una inexplicable malevolencia. Juan José de Carrera, que había merecido las bendiciones de sus conciudadanos por su conducta virtuosa en la conmoción del 4 de Septiembre de 1811, que abandona un puesto elevado en el gobierno, para tomar parte en la batalla de San Carlos, en el sitio de Chillán, y, al frente de sus granaderos, en la memorable defensa de la capital, cuando peligraba ella y la nación; José Miguel, de cuya incansable actividad, de cuyo ardiente civismo, de cuyo heroico desprendimiento os he trazado un bosquejo rápido, que la historia sabrá am-

plificar con los hechos más eminentes y con los más interesantes pormenores, Luis, que como su hermano mayor adquirió derechos eternos al respeto general contribuyendo a extirpar una conspiración peligrosa; Luis que ostentó un genio extraordinario en el mando de la vanguardia al proteger la retirada de Yervas—Buenas; en las jornadas de San Carlos, Concepción y Talcahuano; en las acciones de Chillán, en los campos de Maipú, y en la célebre cuanto penosa retirada de Rancagua. Estos eran los que en medio de una carrera señalada por tantos esfuerzos, por tantos combates, por tantos rasgos de celo, de entusiasmo y de civismo, debían ser arrancados, a la sociedad y perecer del modo que las leyes designan a los más perversos criminales.

Mendoza... al pronunciar este nombre, señores, veo esparcirse un velo fúnebre en la imaginación de los que me escuchan. Cubramos también con el del silencio y con el del perdón la horrible catástrofe que aquel nombre nos recuerda. Y vosotros hermanos dignos de un lauro más espléndido que el tardío que- hoy nos ofrece nuestro amor, víctimas ilustres sacrificadas en la flor de la vida por las maquinaciones tenebrosas de la, envidia y de la ambición, reposad, en fin, en este asilo que os ofrece, después de tan larga separación, vuestra patria agradecida, y mientras reinen virtudes cívicas, amor a la independencia y orgullo nacional, vivid en la memoria de' sus hijos, como objetos inextinguibles de su admiración y de su gratitud.

Discurso del canónigo don Luis B. Tollo

COMPATRIOTAS:

Un torrente de pasiones desmesuradas y en completa dislocación arrebató de entre nosotros en los mejores

días de su edad las tres víctimas preciosas, cuyas frías cenizas tenéis a la vista. La Patria, cual otra Raquel inconsolable, vertirá abundantes lágrimas sobre la sombra pavorosa del sepulcro que debe cubrirlas. Su dolor, reprimido por tantos años, lanzó al fin un fuerte sollozo, que corriendo con la velocidad del rayo, se dejó sentir de uno a otro extremo del Estado chileno; y los restos de los beneméritos generales Carreras, abandonados al olvido y confundidos con otros en el territorio mismo donde fueron sacrificados, ocupan este día un lugar eminente y distinguido en los lúgubres acentos y en la dulce emoción del más tierno reconocimiento. La expresión de la voluntad general en orden a la traslación de aquel depósito inestimable, fijará una de aquellas épocas, que hará respetable el nombre de la República en las páginas de la historia. Si, conciudadanos, tal es el homenaje, que en todos tiempos rinde la Patria a la virtud al heroísmo. Los tres ilustres Carreras sellaron sus días dejando impresa en el corazón de sus compatriotas la huella del honor y del desinterés en la obstinada y sangrienta lucha de la independencia nacional. Dotados de tan nobles sentimientos, con gran denuedo y bizarría corrieron los primeros para arrojarse sobre las falanges enemigas; y al recoger el primer fruto de sus trabajos militares en Yervas Buenas, tuvieron la satisfacción de anunciar a sus compatriotas, que el león de la España no era tan feroz como lo pintaban.

Desde aquel momento principió a echar profundas raíces el árbol majestuoso de la libertad. Su virtuosa ramificación difundióse con rapidez hasta las plazas de Talcahuano. Tremoló en aquella fortaleza el pabellón tricolor; y los enemigos de la independencia, reducidos al estrecho recinto de Chillán, miraban con de-

sesperación el simulacro del despotismo, que iba a desaparecer para siempre del suelo araucano; pero faltóles muy luego el riego de las virtudes, y perdiendo por momentos su verdor y robustez, estuvo a punto de secarse enteramente. En tan horrible metamorfosis José Miguel y Luis de Carrera sienten toda la amargura del dolor, viendo a la cara Patria en gran riesgo, no menor que el que corrían sus propias vidas en las manos del tirano Gaínza. Sorprendidos en el tránsito a esta ciudad desde la de Concepción, fueron conducidos como en triunfo ala Presencia del general español. Este jefe, sordo a los gritos de la humanidad y sin respetar las consideraciones que el derecho de gentes dispensa a los prisioneros de guerra, les oprime con pesados hierros, dándoles por descanso los oscuros calabozos de Chillán. Allí esperaban con serenidad el día, en que presentados a espectáculo a unos hombres de un temple cruel y vengativo, y uncidos al carro del déspota Fernando, debían ofrecer a la Patria los últimos suspiros, antes que el derecho sacrosanto de los pueblos, que poco antes habían sostenido con la espada. Fluctuando de esta suerte entre la esperanza y el infortunio, un acaso les sustrajo a la vigilancia de sus verdugos; queda sin acción el puñal homicida, y los dos hermanos Carreras, corriendo de peligro en peligro, consiguen reunirse a sus compañeros de armas en la ciudad de Talca.

Si los días pasados habían sido aciagos, un porvenir más espantoso comprimió sus corazones. En el seno de la Patria se forjan los eslabones de una cadena de infortunios, mucho más pesada que la anterior. Por todas partes asoman enemigos de su existencia; y por un trastorno de sentimientos, quizás sin ejemplo, los fundadores de la libertad chilena tienen que buscar en

la aspereza de los montes un asilo contra la crueldad inaudita de sus perseguidores. Un golpe de fortuna coloca por segunda vez a José Miguel a la cabeza del gobierno. Todo se reanima con la presencia de éste impertérrito defensor de la libertad, desaparecen como una sombra fugaz las ideas sombrías de servilismo. La Patria, envilecida y ultrajada con la degradante capitulación de Talca, recobra los derechos de su antiguo esplendor y dignidad; y algunos de sus hijos descarriados, tienen que admirar entre otras virtudes la generosidad de aquel valiente americano. Echa un velo a lo pasado, abraza y ofrece de nuevo su amistad al que poco antes fulminaba anatemas contra su vida y la de todos sus amigos, ¿y en que circunstancias, compatriotas? En los momentos mismos en que la espada del intrépido Luis acababa de humillar su orgullosa presunción en los llanos de Maipú. Sobreviene a los pocos días la azarosa jornada de Rancagua. Un cúmulo de imprevistos accidentes les pone en la dura necesidad de atravesar los empinados Andes; y aún más allá les sigue el genio del rencor y de maledicencia. Pero ¿es éste acaso el lugar para trazar el cuadro de las crueldades? oprobios y vejaciones con que apuraron su noble resignación hasta en instantes en que arrojaron el último suspiro en los cadalsos de Mendoza? No, compatriotas. La posteridad tiene ya materiales suficientes para formar la historia de estos tres mártires de la libertad nacional. Dejemos a ella el cuidado de encomiar sus virtudes, mientras nosotros llorando sobre los restos infortunados de los tres héroes chilenos, solemnizamos el día que la Patria en llanto consagra a su memoria.